10 (396-7/p1

## D. Emilio Rodríguez Mendoza en la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española

Santiago de Chile IMPRENTA UNIVERSITARIA Valenzuela Basterrica y Cía. 1 9 5 4

SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL SEGGION CONTROL

Andrews and Armonics and the resonant constraint and the

## DISCURSO DE INCORPORACION DE D. EMILIO RO-DRIGUEZ MENDOZA, PRONUNCIADO EN LA UNIVER-SIDAD DE CHILE EL 18 DE DICIEMBRE DE 1952

Señorita Ministra de Instrucción Pública, Señor Director, señoras y señores:

Mi agradecimiento por haber querido llamarme por acuerdo unánime a compartir las tareas de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española, es tanto más afectuoso e irrestricto, cuanto que debo reconocer paladinamente que he sido más de una vez hombre de combate, de fronda y aún de guerrilla... Y como si esto no fuera notoriamente anti académico, me he dejado tentar fácilmente por aquellos neologismos, surgidos de las peculiaridades de nuestro ambiente, que no es lo español ni tampoco lo sud-americano, acaso porque Chile y sus tres zonas geofísicas, es algo aparte y peculiarmente ubicado al pie de la gran montaña y al borde del más grande de los océanos.

Pues bien, a pesar de mis arrestos neológicos contra su majestad, el magnífico código idiomático de la Lengua, la Academia ha tenido la gentileza de abrir sus puertas, más que al frondista, impenitente y relapso, al laborioso, y es éste mi único título, que sigue y seguirá fiel a las disciplinas de trabajo con que entró a la vida como un guardia nacional algo insubordinado...

Reitero, pues, prometiendo una vez más, lo que tal vez es innecesario, seguir dedicado a la tarea incesante, ofrendada a lo que nuestra tierra es como historia; como posibilidades de un desarrollo superior y como alta jerarquía estética de su geografía, compendio de todas las bellezas de la tierra.

Y gracias muy especiales, por cierto, a mi viejo amigo, el cantor de Arauco.

Era su candidato a firme, a macha martillo, para ingresar a esta Academia y, al fin, salió con la suya, porque los vates también suelen ser empecinados por no decir porfiados...

Y no es rara la bondad de Samuel Lillo conmigo, porque es mi invariable amigo desde los días del lejano Ateneo, inspirador melancólico del «Espejo del Pasado». Mi amigo y mi vecino. Solemos juntarnos a platicar a la sombra y al rumor de los grandes árboles con algo a veces de la quietud provincial y más de una vez, ha interrumpido nuestra charla de remembranzas el toque del Angelus, que invita a callar y pensar porque no sólo indica el paso de una a otra hora de la jornada diaria, sino el de una a otra luz en la vida.

El poeta ha seguido viendo en mí al compañero de los tiempos mozos, cuando Santiago era un poblachón con todos los encantos de una gran aldea, y por mi parte he visto siempre en él, no sólo al lírico potente de la tierra de los pinos, el mar bravo y el carbón sub terra, sino al maestro, al patriota, modelo de costumbres públicas y privadas; al patriarca rodeado de los suyos, de sus libros y de las innumerables preseas, diplomas y medallas, alcanzadas en su larga y laureada labor literaria, cuyas vibraciones máximas son las de la raza en sus momentos cumbre.

Me patrocinaba, pues, un patriarca de nuestras letras y en esta ocasión solemne, me recibe uno de los miembros de la Academia más joven y de más vasta labor: Orrego Vicuña, afortunado continuador de una tradición literaria, más que centenaria, gloriosamente continuada por Vicuña Mackenna, grande de nuestras letras, y luego por el progenitor de nuestro amigo, Luis Orrego, en cuya «Casa Grande» hay páginas de un análisis psicológico, o histológico, si se me permite definirlo así, que me recuerdan a Fedor Dostoiewski.

La lógica asociación de ideas afines y el nombre prestigioso del gentilísimo colega encargado de darme en esta ocasión el espaldarazo tradicional, me trae a la memoria el recuerdo de algunos chilenos ilustres, correspondientes de la Academia matriz, aún antes de estar fundada la Academia Chilena, recons-



Pineda y Bascuñán en oración ante la imagen de la Virgen María.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CHILENA tituída en 1916 por Menéndez Pidal, el historiador y filólogo eminente de «Los Orígenes del Español» etc.

Permítaseme, pues, evocar algunos de los nombres que otorgan a esta Academia una alta jerarquía intelectual.

Desde luego Vicuña Mackenna. Abordó el conjunto histórico y natural del país y la suma de sus obras y de sus iniciativas, es algo enorme y a veces genialmente original.

Quería escribirlo, planearlo o construirlo todo, empezando por diseñar una gran capital, y también cavó en la tierra y la montaña, poniendo ante los ojos asombrados de sus compatriotas la nervadura de plata y cobre de los cerros y quebradas del territorio, longitudinalmente inconmensurables...

Vicuña Mackenna no era, pues, un transformador sino un creador en grande del futuro.

Luego, Amunátegui, cuyos libros eruditísimos extrajeron de las Cédulas Reales los derechos con que el nuevo país pasó de la Colonia a la gestión o tuición de sus propios destinos.

Barros Arana y su «Historia General», que podrá completarse con nuevos documentos porque esto es lo constante y lógico en esta clase de obras y de estudios; pero no destruirse porque es un valor permanente.

Errázuriz, el dominico, y después Metropolitano, sobre el cual acaba de publicar una verdadera biografía otro de mis distinguidos colegas, el señor Araneda Bravo.

Medina, nombre mundial y vastísima probanza de la obra y las proliferaciones sucesivas del país fundador del doble Continente con que el Descubrimiento y la Conquista de las Américas agrandaron el Planeta.

Santa María, hombre de Estado, escritor brillante y político sagaz; Reyes, ciudadano plutarqueano; Mac Iver, elegante y denso a la vez; Sotomayor Valdés, el del célebre estudio, con más de una página digna de Tácito, sobre la Bolivia de los «Caudillos Bárbaros», según Alcides Arguedas; el doctor Orrego Luco y su «Patria Vieja»; Amunátegui Solar y Amunátegui Reyes; Huneeus Gana y sus estudios constitucionales; Cruchaga Tocornal, tratadista de Derecho Internacional; Edwards Mac Clure, transformador del periodismo nacional y periodista e historiador él mismo; Barriga y su discurso en esta Academia sobre el insigne autor de «Las Ideas Estéticas en España»; Silva Vildósola, que dejó unos cuantos

libros y nueve o diez mil artículos, algunos maestros; Alessandri, tribuno político y hombre de Estado; Díaz Garcés y sus insuperables «Páginas Chilenas»; Pedro Prado y su «Alsino», que es una creación.

Superfluo me parece dejar constancia en esta ocasión, que me ha parecido un deber evocar aunque sea de paso, a algunos por lo menos de los insignes antecesores que dejaron en nuestras letras una huella intelectual imborrable y cuya iconografía figurará alguna vez, —así lo espero—, en la galería de honor de la Academia Chilena, correspondiente de la Española, la cual, como la de la Historia, debe tener una instalación, decorosa y adecuada, que facilite y normalice sus labores, dándoles el Estado hogar propio y no ambulante, que es lo que actualmente ocurre a ambas Academias, en que reunir sus libros, ordenar y conservar sus archivos; en que sesionar regularmente; en que recibir como corresponde a los viajeros ilustres que suelen visitar el país.

Ahora bien, acogiéndome a la libertad que se me ha dado para escoger el tema de mi discurso de incorporación, he divagado largamente en demanda de un asunto de mi predilección.

Hay tantos y tan interesantes que su misma abundancia plantea netamente la dificultad de escoger.

Recurría a España, recuerdo y evocación permanentes en mí, y pensaba en algo de lo mucho que ahí vi y lo poco que conté, contenido por la discreción de la casaca, es decir, diplomática, y que, literariamente, es un estorbo que, en pro de la discreción encarece la conveniencia de tragarse la lengua y aún la pluma... Llegué a pensar en un paralelo imposible del siglo de oro y las modernidades y los ultraísmos literarios de hoy; pero tarjé in limine la idea por audaz y antitética porque no existen paralelos posibles con estos tiempos inquietantes y de transición integral de una época a otra.

Qué paralelo puede haber, si la vida ya no es la misma en ninguna de sus manifestaciones anímicas y materiales!

Total, que a la postre de tanto escarceo, me ocurrió lo de siempre, es decir, que por buscar afanosamente lo nuevo, se retorna a lo antiguo y en este caso a lo propio, es decir a lo nacional, porque después de tanto divagar y titubear, me tomó la idea de sacudir un poco el polvo de archivo en que se tiene a Pineda y Bascuñán, autor de «El cautiverio Feliz» y de unos versos sedantes que se emparejan con los del dulcísimo Fray Luis de León.

¿Y por qué retrogradar hasta los promedios de 1600, o sea casi tres siglos?

Porque «El cautiverio feliz», muy superior al «Arauco Domado», de Pedro de Oña, es el arranque cronológico de nuestra historia literaria en su venerable calidad de primer libro escrito por un chileno ilustre en todo sentido.

No me atrevería alegar en favor de su amenidad, estropeada por las continuas digresiones; pero recalco que sobre todo el paisaje y su severidad grandiosa, provocan la abstracción y el asombro: el cielo, al pasar el síncope de la tormenta, muestra fugazmente el azul litúrgico y entonces vuelven a cantar los chucaos en la espesura de los pinares.

He ahí el cuadro ercillesco a que me tocó llegar hace años, sin imaginarme que alguna vez intentaría evocarlo en su calidad de escenario del «Cautiverio Feliz».

Tierra de verdes intensos, emponchada de bruma, en que bastaba para que brotaran los guerreros, que los toquíes golpearan la tierra con sus lanzas, diciendo: «leones valerosos, abalancémonos a la guerra y despedacemos a nuestros enemigos como el halcón al pajarillo».

Andaba de adlátere de un candidato a la presidencia de la República, el ilustre don Pedro Montt, nada menos; pude desprenderme de la comitiva electorera y logré meterme, no sé cómo, en un tren de carrilanos, de fisonomías nada cordiales que iba a punta de rieles, Pitrufquén, donde llegamos con parte de noche, a pesar de que sólo eran las cinco pasadas.

Descendí, di unos cuantos pasos en la oscuridad y me quedé hechizado ante el resplandor que doraba el crepúsculo y que era el incendio del bosque para abrirle senda a los rieles en su avance hacia el extremo austral...

Se sentía el olor penetrante y resinoso de la selva conflagrada y volaban a mucha altura los chispazos de la inmensa hoguera, humo y crepitaciones iracundas lanzados por el bosque, que iluminaba su sacrificio con llamaradas de holocausto.

Completando la grandiosidad del cuadro, estalló, la gruesa artillería de los truenos y los rayos y me pareció que la selva entera se retorcía y se desplomaba, braveando como los to-

quíes desmanados o como los conquistadores con el pecho abierto a cuchilladas para coger el corazón, que antes de estancar su sangre debía presidir ensartado en las picas de luma el «guillatún de la victoria».

Pues bien, ese escenario en llamas era el mismo de don Alonso de Ercilla, guerrero, apuesto gran señor y, ante todo, poeta épico, con su gola, su pluma y la Cruz de Santiago sobre su coraza damasquinada de oro.

Y es tiempo, si no me equivoco, de decir algo más sobre Pineda y Bascuñán y su «Cautiverio Feliz».

Era hijo de don Alvaro de Pineda y Bascuñán, nacido en Sevilla en 1565. «Noble allá—, dice Luis de Roa y Urzúa en «El Reino de Chile».

Vino acá al «acabamiento de tierras» en el gobierno de Alonso de Sotomayor, en 1581 y ya en 1612 operaba de maestre de campo de las fuerzas de la frontera.

Era, en realidad, el architipo de los tiempos del Rey Prudente, que llamó a Chile «el matadero de sus soldados» y que al contraer matrimonio con María Tudor, hija de Enrique VIII de Inglaterra, como necesitara para esta ceremonia Real ser soberano, aunque no lo fuera en ejercicio, se llamó Rey de Chile, lo que basta para probar la resonancia de los 30 o 40.000 araucanos, y no serían más, en lucha sin fin con la España de los dominios mundiales de aquel entonces.

Su padre, Don Alvaro, tremendamente inflexible; pero justiciero, siendo jefe de los tercios reales acampados a orillas del gran río sureño, juzgó y condenó a la horca a un capitán reformado por usar términos mal sonantes, es decir, por un presunto delito que el maestre general asimiló a desacato, según Barros Arana.

Don Alvaro armonizaba bien, como se ve, con aquellos tiempos de empalamientos por parte de uno de los bandos en lucha y por la otra, de mazazos y descorazonamientos en medio de la tormenta y del chivateo de la indiada.

Don Alvaro fundaba fuertes y levantaba imponentes empalizadas, enarbolando en un coligüe el pendón Real.

Hacía justicia inflexible y sin apelación; pero sin crueldad, rapiñas ni ensañeamientos, lo que no pasó por alto a los araucanos que lo temían como el diablo en persona; pero que lo respetaban.

La indiada en armas, aunque no fueran de fuego, temía, pues, al soldado de una palabra, como castellano del Romancero; de buena cara y mucha barba y recio bigote rosillo, escapándose de la celada.

Para él, sólo existía Dios, Su Majestad el Rey y el santo rosario enrollado en los gavilanes de su espada, llamada len-

gua de Toledo por Lope de Vega.

Y, antes de proseguir, confieso que me interesa más el viejo acerado que el vástago, cuyos versos, a su vez, me agradan más que su «Cautiverio Feliz», aunque ambos prueban, como dijo Vossler, que las armas y las letras fueron siempre de la mano en España.

Don Alvaro de Pineda y Bascuñán, sirvió al Rey en esa región, hoscamente peculiar, rica como productos y tempestuosa y fría, como clima, en que entre los alaridos de la pelea sin fin, el cruce étnico iba formando la nueva raza: el futuro país nacía, pues, cuando el garrote de la indiada caía furiosamente sobre los yelmos de los conquistadores y cuando los espadones de éstos se clavaban en el tórax bronceado de aquélla.

Menéndez y Pelayo llamó al progenitor de Don Francisco «Héroe digno de la epopeya» (1) y es oportuno recordar de paso que el renovador de la crítica española y autor de la «Antología de Poetas Americanos», dice que toda la primitiva literatura de Chile es una producción de temple épico en contraste con el carácter patriarcal y algo casero que las letras

coloniales ofrecían por lo general.

Por su valor, su fe y su lealtad en la lucha que eternizó los orígenes de la nacionalidad, don Alvaro de Pineda y Bascuñán fué el spécimen de la conquista a base de una Doctrina, de una raza gloriosa y una lengua tan rica como la inglesa y en la cual hay obras con que no cuenta ninguna otra literatura, como las de Cervantes y Saavedra y su Paladín de la Quimera.

El bárbaro, a su vez, defendía con un valor no igualado por

(1) Vossler: «España y Europa». (Obra póstuma):

<sup>«</sup>Este concepto del honor animó a la milicia española, la más importante de los siglos XVI y XVII. Tuvo de fundamento más que en la instrucción y en la disciplina en el sentido del honor del soldado y del oficial». «Por la honra, por tu vida, y por los dos, honra y vida, por tu Dios».

ninguna otra raza autóctona, la legitimidad, preconizada por el padre Vitoria, novilísimo precursor del Derecho Moderno, a poseer soberanamente la tierra en que se nace.

Don Alvaro, casado en San Bartolomé de Chillán con doña Josefa de Loaiza, descendiente de uno de los más connotados conquistadores de Chile, según don José Toribio Medina, fué el padre, afectuoso, pero severo, de Don Francisco de Pineda y Bascuñán, nacido, día más día menos, en 1607 y huérfano a los siete años.

No era edad para tomar las armas y embutirse la coraza, reemplazando al padre, que un día cargó con el niño en el arzón de su silla de montar y picó espuelas para el convento de los jesuítas de Concepción, donde permanecería nueve años de Ejercicios Espirituales, método de una psicología, tan penetrante e integral, que saturan para siempre, imprimiendo un carácter indeleble al sometido a ellos.

Esos nueve años de claustro, bastaron para imprimir una modalidad imborrable a Pineda y Bascuñán y permiten pensar que tal vez lo más acertado, en vez de las armas y «el ancho teatro del mundo», habría sido dejarlo con sus clásicos y los Ejercicios Espirituales que lo estilizaron para siempre. Pero su padre, el guerrero, ya paralítico y con un ojo menos, todo voluntad y reciedumbre, quiso otra cosa y ordenó, como quien da voces de mando tras una empalizada de combate, que fuera soldado del Rey, A Quien Dios Guarde: mandaba y icuidado con replicarle! que su vástago arrastrara una pica en una compañía de infantes.

Don Francisco hubo de pasar, pues, del claustro y los Ejercicios Ignacianos a lo más recio de la guerra de Arauco y poco antes de esto, cuando manifestó a su progenitor, tullido en un sillón frailero, que quería ser capitán, el viejo soldado lo ensartó con el ojo que le quedaba... Era un despojo arrancado de la epopeya y como moriría siendo creyente y vasallo fervoroso, al escuchar el pedido de su hijo, sus viejos huesos se estremecieron de indignación; se incorporó y habló tartajeando: icómo podía pretender un hijo de Alvaro de Pineda y Bascuñán entrar a servir de capitán, sin haber sido soldado ni saber ordenar porque el que no aprende a obedecer, es imposible que sepa mandar!

Su hijo, ni alma nacida en los dominios del maestre gene-

ral, se habría atrevido a desobedecerlo y don Francisco, «sacó pecho», haciendo honor a la sangre que corría por sus venas y se alistó como soldado; pero al cabo de pocos años, fué capitán del tercio de San Felipe de Austria, que operaba en los aledaños de Yungay, amagado tarde y mañana, máxime en las noches de tormenta con acompañamiento de truenos y relámpagos, por los araucanos que en 1629 vadearon el Bío-Bío por Quillico y se acercaron a Chillán, donde estaba baldado Don Alvaro, en cuya casona de adobón se celebró un consejo de guerra, en que fué oída, pero no atendida la experiencia del «viejo digno de la epopeya».

No fueron seguidas sus prudentes admoniciones y atacaron mil indios, conducidos por Liantur, tocando sus pifilcas y sus tambores de piel de puma.

Cayeron como una tromba sobre 200 españoles. Ahí quedó en el estero de las Cangrejeras, bajo la lluvia y el aullido del viento, el legendario San Felipe de Austria, y ahí quedó alanceado y con la coraza abollada, don Francisco de Pineda y Bascuñán, más asceta que soldado; pero que peleó bravamente contra los araucanos, nombre onomatopéyico con que los crismó Ercilla en el poema que es la portada lírica de la nacionalidad.

Don Alvaro había tenido toda la razón en el consejo de guerra de San Bartolomé de Chillán y en prueba de ello, en el estero de las Cangrejeras empezó para su hijo el cautiverio, más corto que el de Cervantes entre los bereberes; pero nada promisor, si no le hubiere caído «la Virgen en un trapito» en forma de un cacique, llamado Maulicán, de Rocopura, que lo tomó y levantó del suelo con sus manos cobrizas y nervudas.

Y al saber que era hijo de Don Alvaro, —llamado Maltincampo por los araucanos—, muy temido, pero respetado por el susodicho Maulicán, éste fué la salvación del prisionero y al verlo herido, y boqueando, lo trató con caridad, que me atrevo a calificar de cristiana.

Evidentemente, el prisionero no podía ignorar lo del mazazo que lo esperaba; pero en vez de esto, el providencial Maulicán, se mostró paternal con él y no dilató mucho en traer a un eminente curandero y hechicero a la vez, que haciendo piruetas e invocaciones, lo roció con una rama de canelo mojada en sangre de carnero. No debe haber sido poca, pues, la sorpresa del cautivo para el cual empezaba una vida bien diversa a los Ejercicios Espirituales y los reverendos padres Rodrigo Vásquez y Agustín de Villaza.

Por lo demás, la sorprendente aventura del cautiverio podía terminar en cualquier momento con la escena espeluznante que venía repitiéndose desde el sacrificio atroz de Valdivia, el esforzado fundador extremeño.

Don Francisco creía ser objeto de un milagro patente y menudeaba sus mandas y sus letanías.

Restablecido ya de sus heridas y sus traumatismos del estero de las Cangrejeras y ocupando un confortable rincón de la amplia ruca de Maulicán, profusamente provista de pellejos y cántaros de chicha, frecuentaba el pinar cercano, donde iba a orar con las manos puestas, como ante el altar mayor de la iglesia de los Jesuítas, de Concepción del Bío Bío.

Su vida, aún tan corta, se había transformado de sopetón en novela de aventuras extraordinarias y fue creciendo en su espíritu hondamente ascético, la convicción de que la violencia con aquellos bárbaros henchidos de vigor y valentía, lejos de domarlos, los incitaba furiosamente a una resistencia a muerte y sin fin porque no había medio de reducirlos, engatusarlos o sobornarlos.

Pensaba que procedían los métodos persuasivos, dando la razón al Rey prudente, Felipe II, el cual decía en las instrucciones, muy cercanas a lo protocolar y diplomático, de que proveyó al padre Valdivia una vez oído el Consejo de Indias que su único objeto era cristianarlos para que gozaran mejor de sus tierras y sus mujeres... Instrucciones muy justas y prudentes, por cierto, porque una de las demasías que sacaban de quicio a los araucanos, era que les «levantaran» sus mujeres...

Maulicán redoblaba su gentileza con el indefenso cautivo, de diecinueve o veinte años, prometiéndole su liberación y tanto el noble cacique como su numeroso y selecto séquito, le prodigaban toda clase de atenciones y munificencias, proveyédolo de indumentos indígenas, que deben haberle sentado elegantemente a juzgar por el hecho, muy frecuente, de que era objeto de las manifestaciones sentimentales más efusivas de parte del eterno femenino araucano, que ponía reiterada-

mente a prueba su virtud, protegida en hora buena por una fe invencible.

Rechazaba, pues, con castísima humildad las tentaciones del demonio y de la carne y su vida continuaba pareciéndose cada vez más a una novela, original y desconcertante: la hija de Maulicán, por ejemplo, se sintió trastornada por él y ésta fue más adelante, la cautiva de Don Francisco, el cual procedió a cristianizarla, tan a tiempo, que la pobre indiecita murió muy poco después.

El diablo, —denominado Pillán en la teogonía araucana—, había acordado continuar tentando sin tregua al joven cautivo, el cual, más incorruptible que nunca, siguió apelando

con todo éxito a sus virtudes y sus plegarias.

Fue, pues, un puritano durante su cautiverio en que, como he dicho, en cualquier momento podía producirse una sorpresa irreparable porque no todos los caciques, ni mucho menos, por cierto, estaban dotados del espíritu hospitalario de su protector, Maulicán, de Rocopura.

En efecto, había otros caciques perversos y vengativos, que al verlo le clavaban la vista y que no se conformarían evidentemente con que el cautivo se escapara del golpe de macana que partía el cráneo, como quien quiebra la cáscara de un huevo.

Durante todo el cautiverio, se renovaron las celadas para hurtarlo a Maulicán, el cual advertía a tiempo el grave peli-

gro que corría su protegido en cada nueva conjuga.

Entonces don Francisco se internaba en la montaña, alumbrada intermitentemente por los relámpagos, que iluminaban a giorno la espesura como para que lo descubrieran sus enemigos y pasado el peligro inminente en muchos casos, Maulicán y los caciques amigos reanudaban la cuchipanda, diurna y nocturna en que vivían en medio de corderos al palo y gallinas a la olla, —las cazuelas de hoy, indudablemente—, acompañadas de pepitorias de ají y otros componentes, como dice el mismo don Francisco, que, a pesar de las perversas intenciones de los caciques cordilleranos, gozaba de una salud envidiable, a despecho de tanto machitún, profusamente regado con chicha en cántaros.

Una buena parte del cautiverio transcurrió, pues, en un banquete continuo, seguido invariablemente del respectivo «cahuín», es decir, la borrachera unánime de ambos sexos en que la castidad del cautivo era sometida a las más duras pruebas. Pero Maulicán era hombre de palabra y no sólo sacó en bien a su cautivo de los ominosos designios de los caciques que habían prometido darle un mal rato, sino que, al fin, lo restituyó a la libertad. Había sido capturado en mayo de 1629 y al comenzar diciembre de ese mismo año, con sus flores, sus cosechas doradas y sus cielos de un azul murillesco, por lo menos entre tormenta y tormenta, estaba de retorno en San Bartolomé de Chillán, donde, al juntarse con Don Alvaro, ya medio inerte, o tullido del todo, cayó de rodillas, regando con sus lágrimas las manos ya en los huesos del «héroe digno de la epopeya».

Gran día para el viejo y su hijo!

Estaba próxima la Navidad de aquel año en que tal vez el anciano maestre general recordaba vagamente los villancicos de su tierra colorida y musical.

El capitán y siempre con una suerte acosadora seguiría caminando vida adentro y el viejo hacia la muerte cada vez más cercana.

El maestre general, —el de su fe en Dios y en el Rey—, quiso oír junto con su hijo la misma misa y comulgar con la misma hostia, como los conquistadores.

Sollozó el viejo y Don Francisco abrió los brazos en cruz. Murió antes de mucho el maestre general de las tropas Reales, el Maltincampo, tan temido y respetado por los araucanos.

Andando el tiempo y todavía en lo más recio del entrevero secular entre el conquistador y el aborigen, don Francisco alcanzó a ser también maestre general. Fundó hogar; tuvo familia y larga descendencia, que viene pasando sucesivamente de un siglo a otro, hasta el país y la sociedad de hoy.

En realidad, lo tuvo todo menos la fortuna y ya viejo, y estropeado por la vida, rememoró y relató sus tiempos de cautivo en un libro singularísimo, único, inclasificable y cuyo título constituye el más alto testimonio de que los aborígenes o, por lo menos algunos de ellos, no fueron extraños a la caridad y la hidalguía, cercanas de lo cristiano.

Ese libro singular es el «Cautiverio Feliz» y llega el momento de preguntar ¿cómo podría clasificarse literariamente?

¿Historia, novela, memorias?... En realidad, tiene de todo, como la vida misma.

Tal vez lo primero, porque se trata de una acumulación de datos aunque mixturados con otros géneros; historia o novela a base real y no olvidemos, que a veces, la vida misma se parece más a la novela que ésta a aquélla.

Escritos en la vejez, los recuerdos del autor del «Cautiverio», retrogradan en el tiempo al evocar la aventura o, más

exactamente, la escapada del garrote araucano.

La obra se evade de una clasificación preceptiva o de texto; pero esto no basta para despojarla de su blasón tricentenario de que Pineda y Bascuñán, nacido en 1607 en San Bartolomé de Chillán, sea el autor, injustamente olvidado, del libro primigenio, como calidad, de nuestras letras. Es por esto que lo he tomado como tema principal de mis palabras de incorporación a la Academia de la Lengua, correspondiente de la Española.

A pesar de la dificultad, digamos didáctica, para encasillar la obra, se trata ante todo de un valioso arsenal de datos rememorados, casi plácidamente y ya cuando el autor sentía

todo el peso de los años y el infortunio.

Hay en él mucho de noble y sería injusto acusarlo de predominantemente monótono, desconociendo que se trata de un documento auténtico, amplio y directo.

Ciertamente, la acción es cortada o reemplazada por innumerables detalles, no siempre amenos; pero esto no impide clasificarlo como una obra venerable, de fuente que hay que conocer.

Menéndez Pelayo, más amplio y comprensivo que algunos de nuestros historiadores documentales, dice en su «Historia de la Poesía Hispano Americana», que este libro, «escrito con tanta sinceridad como nobleza», tiene más poesía verdadera en algunas escenas que todos los poemas analizados».

Olvidaba recordar que algunos de los versos, tan hondos y sedantes, de Pineda y Bascuñán, evocan, sin desmedro para ellos, a Fray Luis de León y a la misma santa del castillo interior, morada espiritual en que, según la Teología mística, «se realiza la comunión de Dios con los hombres».

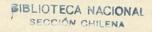
«El Cautiverio Feliz» no es, si no me equivoco, lo más dilecto de la producción de Pineda y Bascuñán a quien su lucha sin término, no le permitió seguir una senda apacible en adecuación armoniosa con su espíritu: tomado agriamente por la brega armada y por la vida, no dió de si todo lo que podía esperarse de él, lo que no obsta para que tenga para siempre jamás, un sitio único en nuestras letras porque su libro está articulado a la historia, la literatura y la raza, fruto del cruce de dos arquetipos muy recios: el conquistador y el aborigen.

Mas bien que en San Bartolomé de Chillán o a mandobles en las Cangrejeras, Pineda y Bascuñán debió estar en el remanso de Avila de los Caballeros o de Santiago de Compostela, síntesis única en la Península y en el mundo del ambiente místico ascético de la gloriosa España de las centurias décima quinta y décima sexta.

Trotando, pordioseando en el Virreynato una encomienda, que absolutamente nadie merecía más que él, salió, al fin, de este valle de lágrimas, en Locumba, Perú, ya en fatigoso camino de la ochentena de años, muy guerreados y trabajados.

Y termino, deplorando no haber podido extenderme, por razones obvias, hacia un ensayo más amplio, lo que no obsta para que agradezca muy cordialmente a esta ilustre Academia, filial laboriosa de la del meridiano de la raza, en la calle de Valverde de la coronada Villa, que me haya dado ocasión de abocetar en sus rasgos más esenciales la época, los personajes y el paisaje, de una belleza muy macho, que inspiraron el primer libro, como calidad, engendrado por el ambiente nativo.

He dicho.



## DISCURSO DE DON EUGENIO ORREGO VICUÑA, PRONUNCIADO EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE, EL 18 DE DICIEMBRE DE 1952, PARA RECIBIR A DON EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

Me corresponde esta tarde, solemne y grata, la honra de recibir en el seno de la Academia Chilena a un gran señor de nuestras letras nacionales, que une para mí, a sus ilustres títulos literarios, el de haber sido amigo de mi padre, vinculado a mi familia por lazos que van a perderse en el corazón del recuerdo. Acaso debió ser él quien me diera la alternativa, pues sus cualidades aventajan a lo modesto de mi obra, pero nunca es tarde para la justicia y llega hoy a ocupar un sillón que sus méritos inauguran.

Don Emilio Rodríguez Mendoza tiene acusados relieves en la literatura contemporánea de Hispano América. Su recia personalidad se impuso hace mucho, afincada en libros que parecen hechos a golpes de cincel. Original como pocos, con estilo inconfundible, recio de estampa y de pluma, rico en imágenes, latino en la entraña, europeo y vernáculo a un tiempo, realista, duro en la batalla, delicado cuando quiere, repetido por necesidades de la propia estilística, ameno siempre, risueño a menudo, con dones de ironía y secretos de buen decir. No me atrevería a afirmar que es del todo académico, pero sí a conceptuarlo como escritor cabalísimo, de superior estirpe y donosas condiciones.

Dicho se está, en lo que a estirpe se refiere, que tiene tradición de letras y de ingenio, porque nada, ni aún lo aparente, de la nada brota y si Salamanca no da lo que Natura no presta, Natura da o presta aquello que por misterio de la herencia vino en las ignoradas vetas de la sangre. Descendiente del famoso don Francisco de Pineda y Bascuñán, de quien con galanura y no sin penetración nos ha hablado, es hermano de un escritor insigne que fuera su padrino, su guía. Dije mal que yo le daba la ALTERNATIVA; diósela en aquel punto en que la niñez y la adolescencia se juntan para abrir los cauces de una vida o de un destino, don Manuel Rodríguez Mendoza.

Permitidme evocar la silueta de ese artista admirable que tuvo, como don Juan Agustín Barriga, el pudor del estilo, pudor llevado en éste a grados de obsesión. La obra quedó dispersa en revistas y periódicos, como mucha parte de su ingenio peregrino, esfumada en las charlas de los salones de otro tiempo. Era don Manuel, alto maestro de las letras y la crítica, de aquellos para quienes el pensamiento es ejercicio que no se paga de meras palabras. Criticaba sin pontificar, porque sabía. Recuerdo, verbigracia, su carta famosa al autor de Casa Grande, donde penetraba sutilmente en médula y carne. Lo que ahí se dice, dicho está por tal manera que hace fama en el blanco.

Don Manuel participaba, con Luis Orrego Luco y Rubén Darío, en la tertulia histórica de Pedro Balmaceda, cuyo ambiente intenté revivir en mi ensayo sobre Darío en Chile. Eran jóvenes todos ellos, la vida les abría la puerta ancha de la primavera, que en el clima de entonces era «Azul». Fisgoneando detrás de esa puerta, en casa de su hermano, don Emilio pudo «aguaitar» —según su expresión criollísima— al personaje extraño que en Santiago se armara para conquistar el puesto más alto de la lírica castellana.

El joven Rodríguez Mendoza —ahí lo veis, joven todavía, a pesar de su carga de años y libros con tanto vigor llevada—se inició en los días finales del gobierno de Balmaceda. Balmacedista de corazón, cadete en la última guardia del romántico mandatario, le vió alejarse del poder y de la vida, sereno como un héroe griego, sin que el hondor de la tragedia lograse arrugar una fibra de su rostro ni de su vestidura. La magnitud dramática de esas horas puso en su mano una pluma que sólo habrá de caerse en el último rictus.

Y a poco de andar, el «guaina» de la Moneda se entró por

los caminos de la prensa, a la que guarda discreta fidelidad aún. Le esperaba un grupo que florece en sus recuerdos con la fresca emoción de las primeras armas. Era el llamado de LA FLECHA, donde actuaron Benjamín Vicuña Subercaseaux, Santiago Vicuña, rico como pocos en ingenio, Alberto Mackenna, el futuro urbanista y hombre público. Y otros muchachos, tocados, como él, de la gracia del alba. Eran alborotadores, ingeniosos, y señoriales. Había en ellos esa indescriptible esencia de las supremas aristocracias que los verdaderos demócratas siempre admiramos.

Rodríguez Mendoza y Vicuña Subercaseaux fueron muy amigos —una amistad nacida en casa de Vicuña Mackenna con bautizo de permanencia. Pero el autor de Crónicas del Centenario y de Gobernantes y Literatos, debía hacer estancia corta en este mundo, porque lo empujaron desde mozo las brisas que vienen de Más Allá. Se fue a poco de cruzar la línea de los treinta años, dejando una que muchos viejos escritores hubieran ambicionado. No le hicieron justicia y le olvidaron, porque no suele perdonarse en los ambientes mesocráticos el nacer en cuna ilustre.

Fue esa época, para don Emilio, de bautizo, pelea y atisbo de gloria. Velada de armas que tuvo la brevedad de las horas hermosas. Y después la lucha, a veces larga y sin cuartel, los duros combates en que van quedando jirones de la propia carne, pues rara vez se llega a las alturas sin haber enrojecido las piedras del camino.

Luchó limpiamente, con clara hidalguía, y sus victorias no fueron a nadie arrebatadas ni tuvieron mácula alguna.

Desde la iniciación, el talento de Rodríguez se esparció en dos campos, que de ordinario no colindan: la literatura y el periodismo. Se puede ser buen periodista y mal escritor, pero también cabe destacarse en ambas ramas y aun llegar a calidades sobresalientes. Mucho de eso le ocurrió, bien que las bellas letras se han llevado en él primacía.

El caso no era extraño en el siglo XIX. Puede señalarse a esos perfectos maestros que fueron los hermanos Arteaga Alemparte, al doctor Orrego, cuya rara capacidad se explayó además en la actividad científica como discípulo y continuador de Charcot. Periodista a su modo fue Darío y el propio Bello dejó en «El Araucano» no pocas trazas de su vasta inteligen-

cia. El lento ritmo de la vida ordinaria permitía saborear sin prisas el trato de los libros y los viejos papeles. En las salas de redacción de los diarios se enhebraban largas tertulias provechosas. Había tiempo para contemplar el paisaje y descubrir que la primavera no es eterna.

Gran siglo fue el XIX en esta parte del nuevo mundo y ya hay experiencia suficiente para hacerle justicia. Chile alcanzó altura indiscutible; su organización institucional, sus códigos, su prensa, sus hombres, eran mirados con respeto en el extranjero. Teníamos una cultura y la expandimos con esa serena cordura de los que conocen su propia valía y no temen. Cierto es que la conquista del pan no era amarga. Mas siempre cuenta el natural humano, que es de arcilla y barro. Pero hay tiempos de tiempos y en aquél alcanzaron los chilenos un apogeo a que nuestras generaciones no logran todavía aproximarse.

El secreto estriba, sin duda ninguna, en el predominio de los valores espirituales y en el acendrado amor a la cultura de que diera tanta muestra la oligarquía dominante. Los hombres de gobierno, en la época del General Bulnes, de Montt y de quienes se sucedieron en el poder hasta 1891, eran en su mayoría gente de superior intelecto. Bello organizó la Cancillería v fué el orientador de la política externa. Egaña, el de la Constitución del 33, co-fundador de la Universidad, era hombre de leyes y letras. El viejo Montt era maestro, Vicuña Mackenna y Santa María historiadores; disciplina en que también brillaron Amunátegui, Sotomayor y Barros Arana. Balmaceda e Isidoro Errázuriz fueron en la oratoria artífices. En los equipos de gobierno se sucedían personalidades de vigorosa formación intelectual. Intelectuales ilustres eran, por lo general, los diplomáticos que en el extranjero hacían brillar a la República: ahí están, para confirmar este aserto, el novelista don Alberto Blest Gana, sin duda el mejor Embajador que hayamos tenido en Francia; su hermano, el poeta don Guillermo, que prestó durante su misión en Argentina servicios eminentes; el ensayista don Ambrosio Montt y Luco, el Canciller y Presidente Santa María, el Presidente y Canciller Balmaceda. ¿A qué seguir enumerando? Lo que esos chilenos hicieron por su país y por nuestra América no ha sido apre-

ciado en su verdadera importancia. En esa época la pluma era

llave para alcanzar alturas y el talento tribuna para servir ideales.

Don Emilio Rodríguez pudo presenciar el término de ese luminoso período. Su generación que irrumpiera en las puertas del siglo nuevo, tuvo en sus filas a personalidades de primer orden: los Orregos Luco, los Irarrázabal Zañartu, los Vicuñas Subercaseaux, los Huneeus Gana, los Rodríguez Mendoza; Augusto d'Halmar, Jorge González Bastías, el poeta de las «Tierras Pobres», don Armando Quezada Acharán, sucesor de Mac Iver: doña Inés Echeverría de Larraín, que hiciera conocido el seudónimo de Iris; don Carlos Silva Vildósola, don Pedro Rivas, don Joaquín Díaz Garcés, don Carlos Silva Cruz, don Galvarino Gallardo Nieto, don Alberto Edwards y tantos otros que han sido capaces de vencer el olvido. Muchos de ellos hicieron sus primeras armas en la prensa, colaborando en las columnas de «La Epoca», «El Ferrocarril», «El Mercurio» de Valparaíso, «La Libertad Electoral», «La Tarde» sazonada por el cáustico ingenio de los Galos. Eran hombres de ideas y batallas, que rompían lanzas a propósito de cosas que hoy parecen nimias, tanta era la probidad de los políticos de entonces.

Esa generación tenía un pie en el pasado y de ahí, quizá, arrancaba fuerzas para nobles luchas, y el otro en una época nueva, que se atropellaba en el horizonte en suave remanso de paz, mera antesala de una de las etapas de más cruel vio-

lencia que ha conocido la historia.

Don Emilio no podía sustraerse a los imperativos del Novecientos. Y fué periodista. Es decir, comenzó a serlo, porque dentro de las disciplinas que en esos campos se forjara a sí mismo —estilo, temática, directivas morales, principios éticos y estéticos— debía mantenerse a lo largo de una jornada casi sin reposo.

Agresivo de temperamento, nervioso, ágil, elegante aún dentro de lo abrupto, tuvo el don de hacerse leer y de forjarse una personalidad, que algunos pudieran discutir, pero que terminó por imponerse en virtud de las calidades riquísimas que entrañaba. Acaso ese modo de ser y de escribir, no apacible a menudo, pudo abrirle el camino de la diplomacia, que escapaba entonces a la razón política o, al menos, la superaba.

Paralelamente, se abrió paso en él la vocación literaria,

decidida e irresistible, porque era escritor de raza, de temperamento; escritor antes que nada y por encima de todo. Las ideas le bullían y se empujaban en ímpetu creador, que no se detenía en disciplinas académicas, siendo difíciles de enfrenar, porque la juventud suele andar reñida con la depuración y los moldes. Ese hervor de ideas, ese ímpetu, esa fuerza tajante, que alguna vez sabrían de lo delicado y siempre de lo interesante, terminarían por condicionar un estilo propio personalísimo. Donde podéis ver de cómo las Academias, en cuyo seno se encauza y depura el uso de la lengua, saben conceder al talento lo que al talento corresponde.

El joven escritor empapado en las modas literarias de la época, como todos sus contemporáneos, y hubo de sufrir en los comienzos el influjo, irresistible entonces, de las letras francesas. Con Darío, Orrego y Balmaceda esa influencia abarcaba los variados campos de la poética, de la novela, del ensayo y de la crítica, exceptuándose la historia, pues ya los grandes maestros del género habían hecho su obra y no serían superados más tarde, que el genio chileno del siglo XIX era de orden histórico. En el terreno de la novela, en cambio, vendría con Orrego la maestría del realismo. Soplaban vientos galos. Vicuña Subercaseaux y Rodríguez Mendoza, como antes el propio Darío, soñaban en francés y veían aproximarse, en temblor de júbilo, la hora de ir a París. Era el «sueño de la mitad de la vida». Esos mozos de savia generosa y ardiente temperamento firmaban a la francesa: A. de Geri...

A. de Gilbert, que era el seudónimo de Pedro Balmaceda, quedó prendido en las páginas tremantes del más hermoso poema en prosa de Darío, y Geri, enamorado de la idea de la gloria que fue la Musa del XIX, se embarcó en alguna de las naves que convidan, porque no todas convidan ni en todas tenemos asiento. Le empujaba una vela latina, hasta que vinieron sobre ella los vientos cálidos que llegan de Africa a través del meridiano español. Desde entonces, lo personal predominó, lo propio se impuso, y en el estilo hubo sello y cuño.

Entre las obras iniciales hay que señalar Gotas de Absintio, breves poemas en prosa, de sabor verleniano, que prologó Rubén, y Ultimos días de la administración Balmaceda, donde se narran, con emocionada simpatía, los pasos postre-

ros del mandatario que intentó entregar al disfrute y propiedad de los chilenos el salitre de Chile. Siguió, a poco la primera de sus novelas, VIDA NUEVA impresa en Madrid, por Sempere. En esta obra, escrita con nervio y no sin elegancia, se descubren los primeros pasos en busca de la propia personalidad; en sus páginas habita el Santiago del Novecientos, con sus casas señoriales, sus faroles de gas, las tiendas del Centro y la vida bohemia que se deslizaba entre las zarzuelas de Pepe Vila, las charlas en las salas de redacción, las veladas de ópera en el Municipal, que por entonces tenían categoría de fama europea, y las alegres cenas de Papa Gage.

De su libro anterior, ULTIMA ESPERANZA, escribió don Juan Valera: «Me complazco en afirmar que el autor de esta novela posee las más brillantes prendas de escritor y de novelista: imaginación, sensibilidad, agudeza de ingenio y elegante facilidad de palabra. Sabe describir, posee el arte de interesar a sus lectores y acierta a conmovernos cuando hablan o accionan apasionadamente los personajes que pone en escena».

En Cuesta Arriba las cualidades de novelador se acentúan y el estudio psicológico de las pasiones que mueven a los personajes y son como las cuerdas que el titiritero maneja, alcanza sutileza encomiable.

Más adelante, en Santa Colonia, el escritor, depurado, dueño de todos los resortes, logró clavar la garra del artista, si en arte de garra puede hablarse, que es término antipático a los poetas. Obra clásica de las letras chilenas, quienes la lean hallarán una maravillosa evocación colonial. El tiempo de minueto está encontrado en todas las medidas de su ritmo: lentitud, goce suave de la vida que pasa, aroma en las huertas santiagüeñas, rumor de campanas en la atmósfera quieta, a la hora del Angelus; fusión musical de las almas y el paisaje.

Dentro del conjunto se destaca la obra del memorialista. En Como si fuera ayer y como si fuera ahora, el autor pasa revista a los años, a las no borradas emociones, al panorama de las cosas y los hombres prendidos en la retina, y con todos aquellos elementos, sazonado de modo jugoso, en penumbra de saudade, compuso dos libros magistrales, escritos en capítulos breves, a modo de estampas, en que el contraste de luces y sombras adquiere, a veces, cierto carácter goyesco.

«¡COMO SI FUERA AYER!», —anota Omer Emeth, crítico ilustre— es, a mi juicio, un libro único en la literatura chilena, tan pobre, no de memorias (ahí están las bibliotecas históricas que no me dejarán mentir), sino de «memorias» a la francesa, en que el memorialista se contenta con ser hombre y habla con franqueza de lo que vió u oyó. Nada de disertaciones doctrinales: todo ahí es vida, no vida soñada y moldeada, sino vida real, vida, es decir una mezcla de tragedia y de comedia, de risa y llanto como la vida misma. Los treinta o cuarenta últimos años de la historia de Chile están ahí por siempre grabados como en una cinta de cinematógrafo».

Juzgando, nuestro compañero Hernán Díaz Arrieta, expresa: «Y hé aquí que ahora se transforma y nos da una obra cuyo único paralelo en nuestra historia literaria vendría a ser aquella deliciosa de don Vicente Pérez Rosales, con la ventaja de estar escrita por un artista. Obra llena de vida y de gracia, movida, emocionante, natural, personalísima, uno de esos raros volúmenes destinados a sobrevivir».

En Como si fuera ahora, libro gemelo, hay un relato de la agonía de doña Victoria Subercaseaux, en que la nota patética alcanza fuerte relieve. El autor narra, en esa página dolorosa, el desfile de los Veteranos de las guerras del XIX junto al lecho en donde muere aquella gran mujer de Chile. Ella saluda con la mano exangüe, clavando en los héroes la última mirada, y éstos se inclinan con chocar de medallas. Es una escena en que se adunan la gloria, las grandezas extintas y el sentido mismo de la patria en plenitud.

En estas obras maestras, la nota de color, tan característica en Rodríguez, alcanza variada gama de matices. A veces le basta un toque para retratar a un personaje y con dos adjetivos lo detalla, acentuando lo cómico, lo dramático o lo simplemente humano. Hay bocetos en que lo pictórico se destaca en manchas palpitantes de vida. Se diría que el escritor logra introducir al lector en el mundo de sus sensaciones personales. Y ésta es una de las calidades precisas de toda maestría.

¿Por qué no ha continuado su labor de memorialista? En el saco de recuerdos tiene mucho material inédito, gran abundancia de elementos para componer dos o tres volúmenes, más de alguno pudiera venir, con agregado de dos o tres series, antes de que se anuncia: «Como si fuera punto...».

Remansos del tiempo muestra otra faceta, en que el ensayista toca resortes de orden político y literario. Domingo Melfi apunta, a propósito: «A lo largo de sus páginas surge una personalidad recia, entera, brusca, detonante; pero llena de nobleza, de sinceridad, de energía». «Este escritor, añade Melfi, ha vivido en medio de su país, sintiéndolo con el vigor de su áspera y exuberante naturaleza y muchos de los aspectos están aprisionados en esas páginas que se leen y se vuelven a leer, porque hay en ellas la vibración vital que es fruto de la observación, de la sinceridad y de la energía interior».

En ensayos que pueden tener clasificación diversa, debo mencionar El Golpe de Estado de 1924, donde bajo la presión acaso candente del suceder político, se relata un capítulo de historia contemporánea, sujeto aún a controversias.

Como historiador tiene en su haber tres libros importantes: LA EMANCIPACIÓN Y EL FRAILE DE LA BUENA MUERTE, biografía del Padre Camilo Henríquez; MIRANDA, vida del precursor escrito a golpe de cincel, con tallas de magnífica artesanía, y LA AMÉRICA BÁRBARA.

Su MIRANDA, trabajado en Venezuela, es, en mi concepto, la mejor biografía interpretativa de aquel prócer, cuyo nombre, único entre los americanos, fuera inscrito por orden de Napoleón en el Arco de Triunfo de la Estrella.

Mucho podría y quisiera decir de la AMÉRICA BÁRBARA, una de las obras que mayor notoriedad le han dado. Es un vasto fresco, pleno de colorido, saturado de emociones contradictorias, de golpes de pincel inolvidables. Allí se estudia, en ensayos macizos, el proceso del caudillaje en el mundo de Colón durante la pasada centuria, y por sus hojas, escritas en roja tinta, pasan las figuras de Juan Manuel Rosas, el Protector; de Rodríguez de Francia, el paraguayo; de Santa Cruz, de Melgarejo, de García Moreno. Los capítulos que consagra a Rosas, contienen cuadros de emoción vivísima, especialmente aquel donde se narra el asesinato de cierto unitario capturado por Hilario Peña, y es página de valor antológico.

Rubro aparte merecería sus interesantes ensayos de política exterior chilena: La cuestión del Norte, Rumbos y Orientaciones, Una página de Historia Diplomática. Fueron escritas en los ocios de su carrera oficial, tan nutridos ella y ellos de eficaces resultados, de servicios positivos.

Otros títulos aún: En horas de inquietud, Pérez Rosales, El libro de las fundaciones, Historias y estampas

CROMÁTICAS, LA ESPAÑA QUE VÍ Y VIVÍ...

Digamos algo de la labor de don Emilio Rodríguez en la carrera que bifurcó su vocación y en cuyos largos trabajos y años quedaron prendidos títulos indiscutibles a la gratitud de los gobiernos que le confiaron misiones diplomáticas. De mozo, le tocó en suerte vestir la casaca de franjas vistosas y fué peregrinando por países de diversos continentes, con los ojos puestos en el porvenir que intentaba conquistar y el corazón metido en el amor de su propio país. Le vieron las Cancillerías de Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Bélgica, España, Venezuela y en todas dejó memorias de su capacidad, de su tino, de sus condiciones especiales para un arte que no se aprende en las universidades y en el cual suelen triunfar los doctorados en la escuela del mundo. En aquellos trabajos que consumieron con provecho cerca de treinta años de su fecunda vida, tuvo la cooperación delicada de la señora Mercedes Bazáñes de Rodríguez Mendoza, su noble compañera, a cuyas altas virtudes rindo tributo.

Fue secretario de legación, Encargado de Negocios, Ministro, Embajador. En cada cargo anduvo bien y realizó obra útil. El Presidente Alessandri lo nombró Plenipotenciario en Madrid en 1924 y el Presidente Ibáñez lo ascendió a Embajador en la Corte española cuatro años después. Ahí, en los salones del Palacio de Oriente, en las viejas residencias de la Castellana, en los cafés de la Gran Vía, donde tenían tertulias los escritores en boga, fue haciéndose popular la silueta del personero de Chile. El Rey le miraba con simpatía, las Infantas visitaron su casa y un día fue el Duque de Alba a proponerle el Premio Nobel para nuestro gran Medina. Rodríguez hacía chilenidad en España como más tarde hispanismo en Chile.

Firmó tratado, celebró convenios, procuró intercambios. Fue veraz, sincero y honesto. A la postre, las condecoraciones y las bandas con que sueñan los partiquinos, cayeron con bien ganada dignidad sobre su pecho.

El balance de la vida intelectual y diplomática del señor Rodríguez Mendoza es magnífico. Sirvió a su país, honrando los cargos ocupados. Como periodista, ha escrito más de cinco mil artículos en que la temática central abarcó casi siempre los intereses nacionales. Sus libros, impresos, en Santiago, en París, en Roma, en Madrid, en Barcelona, Buenos Aires y La Paz, le granjearon notoriedad considerable. Ha sido novelista de los buenos, historiador acucioso, ensayista profundo, memorialista de brillo excepcional. Polemista, siempre dió su cuarto a espadas por causas que conceptuaba buenas. Literato, nunca sintió envidias. Caballero, supo de la nobleza que hay en estrechar las manos que se tienden. Por eso las simpatías de la Nación le rodean en la hora de su apogeo intelectual.

Conocéis, señores, la hermosa definición de Kets: «La obra de arte es una belleza para siempre». Nosotros podríamos decir de la inteligencia superior que es una victoria para siempre, porque permanece todo lo que lleva su sello; contra ella nada pueden en definitiva los asaltos de la tierra baja y el tiempo le concede el honor de sus banderas. Cuando Cervantes llegó al Parnaso, hubo de permanecer en pie; en pie porque era rey. Pero en el magno recinto, siempre habrá sitio para quienes lo merezcan.

La Academia Chilena abre hoy sus puertas a don Emilio Rodríguez Mendoza con satisfacción fraternal. Junto a nosotros ha venido a sentarse un verdadero maestro.

21 ENE 1954
Secc. Control y Cat.